

pretestos poco justificados hizo dar muerte á ochenta de ellos que invitó á un festin. Ocasionó eso, como era consiguiente, la exasperacion de todos sus compatriotas que quedaron en los arrabales, y corriendo á divulgar por el país el atentado pidiendo venganza, se extendió rápidamente un movimiento insurreccional que, á pesar de la derrota sufrida cerca de la misma ciudad, tomó mayor incremento por adherirse á ella Antalas, que habia seguido fiel hasta entonces; y penetrando en la Bizacena con crecidas fuerzas, iban asolando las mejores campiñas y poblaciones, cuando Salomon, reunidos á él sus sobrinos, así como los principales jefes y tropas de que disponía, salió de Cartago.

Encontrado el enemigo á seis jornadas junto á la ciudad de Thobesta (Tebesa al SO. de Túnez), y viendo la superioridad de sus fuerzas, estableció el campo y les mandó una exhortacion para reducirlos á sus juramentos, de que solo obtuvo respuesta altiva, enumerando las ofensas y pidiendo castigase él á los verdaderos culpables.

Vinieron á las manos al día siguiente en formal batalla, que se sostuvo indecisa en un principio, pero luego, notándose en algunas tropas vacilacion ó mala voluntad de batirse, sea que estaban muchos soldados quejosos porque no les repartía el botin recogido antes en una escaramuza, sea intimidados ante la muchedumbre contraria de moros, fueron puestos en completa derrota los greco-romanos, cayendo del caballo muy lastimado Salomon, que quedó prisionero y muerto por los bárbaros, salvándose en Cartago los dispersos restos del ejército.

Incurrió Justiniano en el desacierto de nombrar luego para Exarca (1) al mismo Sergio, á quien se atribuía la culpa principal de todo lo ocurrido, y que por su inexperiencia, ambicion y malas propensiones ocasionó se au-

(1) Dieron este título de *Exarca* los greco-romanos á los gobernadores y autoridades superiores de las provincias africanas.

mentaran todavía las calamidades en vez de apaciguarlas, pues detestado de todos, repugnaban obedecerle sus subalternos, y los moros habian llamado á Stozas, mostrándose más formidables.

Sorprendido el duque ó comandante militar de la Bizacena, Himerios, en una emboscada en Menétesis, se apoderaron inmediatamente de Adrumeta; y aunque á poco volvieron á perderla por astucia, hacíase cada día más precaria la situacion. Queriendo remediarla Justiniano, cometió otro grave error enviando al Senador Ariobinde, acompañado de algunos oficiales y pocas tropas, para que dividiese el mando con Sergio; segun lo cual se fué éste á poner á la cabeza de las guarniciones de Numidia, y quedó el otro para atender á la Bizacena; pero con tan escasa suerte, que en el primer encuentro, verificado en el desfiladero de Tacia (Tacia ó Thacia se cree corresponda á Bordj-el-Messandi, al NE. de El-Kef) por un destacamento bajo el mando de uno de sus tenientes, quedó éste muerto y derrotado, bien que igualmente pereció Stozas.

Llamó entonces el Emperador á Sergio y reunió Ariobinde la unidad de mando, faltándole las cualidades de carácter y experiencia militar que las difíciles circunstancias exigían. Animó esto á Gontharis, que mandaba las tropas de Numidia, á ambicionar sustituirle y á proclamarse independiente á favor de las turbulencias, trabando negociaciones secretas con los caudillos moros y halagando ó seduciendo á muchos soldados. Saliéronle bien sus tramas ó doble conspiracion y se hizo dueño de Cartago, dando muerte á Ariobinde y no cumpliendo las promesas adelantadas á Antalas, á Yabdas, á Contrinas y á Juan, que era el nombre del que habia reemplazado á Stozas entre los rebeldes; por lo que, disgustados varios de ellos, se unieron á los que permanecían leales en la Bizacena, y entraron en otra conjuracion que dirigió y ejecutó Artabano, haciendo asesinar al usurpador á los treinta y seis dias

de cometido su delito, y restableciendo por consiguiente en la capital la autoridad imperial; en premio de lo cual fué confirmado en el mando del ejército con el título de *Estratego* ó Maestre de la milicia de Africa, año de 545, que conservó solo hasta el inmediato, por regresar á Constantinopla, segun su deseo; siendo sustituido por Juan Troglita, que se habia hecho notable en otras campañas, tanto en Africa como en Asia, y que reunía prendas muy superiores (1).

GUERRAS Y ACONTECIMIENTOS POSTERIORES

HASTA LA APARICION DE LOS ARABES.

El nuevo Estratego, que habia asistido á la campaña de Belisario y á las de Germano, conocía perfectamente el país y el estado en que se hallaba. Desembarcado en Caput-Vada, á imitacion de su antiguo general, con algunos refuerzos que conducía, se dirigió á Cartago á entregarse del mando único con facultades ámplias que le confiara Justiniano, como el hombre más capáz de librar al Africa de tantos disturbios y sublevaciones; y llamando todas las tropas dispersas por las provincias, reunió en breve un respetable cuerpo de ejército, con el que emprendió la marcha por la Bizacena, á fin de deshacer la gran liga de tribus indígenas, á cuya cabeza aparecía estar siempre Antalas.

Tomó posicion en un paraje apellidado *Campos Anto-*

(1) En el libro de Procópio pueden principalmente consultarse los detalles de éstas revueltas, citándose tambien la crónica de Juan de Valclara. Ambos autores han servido para todos los modernos historiadores, pero son dignas de señalarse entre otras obras *L' Histoire du Bas-Empire* por Lebeau; *Recherches sur l'histoire de l'Afrique Septentrionale* por una comision de la Academia de Inscripciones, de París; *L'Afrique ancienne* de D' Avezac; y las Historias de los Vándalos de que ya queda hecha mencion.

nianos (1), donde recibió los diputados que para disuadirle de continuar en la guerra, le enviaba el príncipe bárbaro; y despedidos sin dar valor á sus argumentos, mandó atrincherar el campo para estar bien prevenido al combate cuando fueran á atacarle, mandando á observarlos entretanto algunos destacamentos.

Aumentados considerablemente los enemigos con diversas tribus que acudieron á engrosar á Antalas, en particular la de los ilasguas, acaudillados por su jefe Yerna, que seguían siendo gentiles y gozaban de grande fama de valientes, se presentaron al frente de los greco-romanos en dos cuerpos, despues de haber talado mucha parte de la Bizacena. Juan Troglita formó su ejército en orden de batalla, dando el mando de la derecha á Gentio, el de la izquierda á Juan, de sobrenombre Sénior, y el centro á Rhecinario, apesar de que allí mismo se hallaría él. No consta la fuerza efectiva que tendría, pero es de inferir notable inferioridad en el número respecto á los contrarios, aun contando con los auxiliares indígenas, entre los cuales figuran Contrinas, príncipe de los massilianos, amigo íntimo del desgraciado Salomon y siempre fiel al Imperio, así como otros jefes que es de suponer llevasen sus secuares ó contingentes respectivos.

El príncipe soberano de los ilasguas arregló su campo de un modo parecido al que ya varias veces se ha explicado que usaron los moros de aquellos países en cierta analogía con el de los cimbro y teutones, que utilizaban las carretas como atrincheramientos: rodeado de una primera línea de camellos en ocho filas, colocó en segunda otras tres de bueyes atados por los cuernos y sujetos al suelo, formando así un intrincado sistema de defensa difícil de atravesar, á cuyo resguardo puso en medio las familias y

(1) Ignórase el lugar á que corresponden éstos *Campos Antonianos*, ó la posición que el poema dedicado á esta guerra nombra *Antonia-Castra*; pero se deduce que pertenecía al territorio de la *Zengitana*, cerca tal vez de sus límites con la Bizacena.

los bagajes; de parecida manera fortificó el suyo á la inmediacion Antalas; y saliendo uno y otro de las líneas, avanzaron por el llano para atacar á los bizantinos, llevando delante extendida su numerosa caballería, cuya ala derecha dirigía Sidiscan y la izquierda Carcasan, reservándose Antalas los infantes á retaguardia por precaucion, conociendo el valor de los contrarios y la habilidad del general con quien tenia que habérselas. Era su idea amargar y molestar con los ginetes hasta que viera ocasion oportuna para mandar una carga general; pero no pudo contener la impaciencia de los bárbaros y se empeñó al instante la batalla con igual furor de unos que de otros; mas al fin triunfó la disciplina y firmeza de los greco-romanos, quedando derrotados los moros, rescatando las banderas perdidas en el desastre de Salomon y fugitivo Antalas al desierto. Obligado Yerna á retirarse tambien, despues de porfiada resistencia, pereció al verificarlo, con muchos de los suyos, y cayó en poder de Juan aquel campo tan cuidadosamente protegido de dos murallas vivientes; salvándose en una confusa dispersion los vencidos restos á favor de la noche que sobrevino.

Para aprovechar tan señalada victoria envió sin pérdida de tiempo el general en jefe diversos destacamentos en persecucion de los fugitivos y á someter las ciudades rebeldes; y dejando además en la Bizacena suficientes tropas para su guarda, volvió á Cartago triunfalmente.

Las consecuencias del suceso no correspondieron, sin embargo, á lo que debia esperarse, pues irritados los moros y deseosos de venganza proclamaron al instante otro mayor levantamiento, arrastrando á liga general hasta tribus muy lejanas. Hízose el alma y la esperanza de todos Carcasan, uno de los jefes que asistieron á la última batalla, que reuniendo gran número de los dispersos y gozando del prestigio que dá el ánimo valeroso, supo estimular el fanatismo de la religion idólatra que profesaba-

ban en gran parte, para llevarlos entusiasmados á la pelea.

Empezadas las correrías en la Tripolitana no tardaron en penetrar en la Bizacena, teniendo Juan que llamar á toda prisa las guarniciones y auxiliares para dirigirse hácia el Mediodía á rechazar la invasion. Imitó entonces Carcasan el antiguo recurso empleado por Masinisa y Yugurta, retirándose poco á poco en direccion al desierto de Gadaias, á fin de que se internasen sus enemigos para poder combatirlos ventajosamente; y Juan, á pesar de que era el rigor del verano, que la sequía extraordinaria le tenía agotados los manantiales, que las cosechas faltaron, y que el hambre y la sed atormentaban al ejército, se obcecó en la persecucion. Fraccionó sus fuerzas en varios cuerpos para que pudieran mejor subsistir, pero las privaciones eran tan horribles que pronto provocaron conatos de insubordinacion entre los soldados: mas ni eso le hizo variar, acelerando por el contrario la marcha para anteponerse al enemigo á ocupar la orilla de un rio cubierto de espeso arbolado, que ofrecía consuelo seductor á la fatigada y sedienta tropa. Descuidáronse allí en la instalacion las prescripciones del general para levantar trincheras y para el servicio de vigilancia, por efecto del cansancio ó por la confianza de no ver al enemigo; y cuando ménos lo esperaban, los moros que venían espiando una cóyuntura favorable, asáltanlos por todas partes de repente como enjambres, y protegidos del bosque los estrechan, les causan enormes bajas y obligan por último á Juan á abandonar el campo de batalla, emprendiendo una difícilísima retirada ante la audacia de Carcasan que le acosa vivamente. Refugióse primero á una pequeña poblacion, desde la que pudo ganar á Vinci; y luego, algo rehecho, logró trabajosamente ampararse en la plaza fortificada de Laribe (1), en Numidia. Mandó

(1) No sé si esta plaza de *Laribe* ó *Laribus* será la misma que *Lares*, que la carta del

á seguida pedir auxilio á los príncipes africanos que permanecían leales, y á Cartago por refuerzos, armas y víveres; y apaciguada cierta disension promovida entre Coutzinas y sus moros aliados, llególe otros en crecido número, conducidos por Yabdas y algunos de los más poderosos jefes de tribus, mejorando por consiguiente su situación.

El caudillo contrario, que no supo ó no pudo sacar todo el partido que debió de la ventaja obtenida, atrajo nuevamente á la liga á Antalas, y se dedicó á arrasar las campiñas y los pueblos, sin perjuicio de molestar de continuo al ejército bizantino con escaramuzas ó figurando ataques, é inquietándolo con frecuentes alarmas para inducir por segunda vez al general á internarse en su seguimiento por territorios difíciles, donde la sed y el cansancio le harían perder más gente que en los combates. Alcanzó en ésto el tribuno Cecilides, que mandaba un cuerpo de vanguardia, derrotar á otro de los moros; pero duramente escarmentado Juan Troglita para incurrir en la anterior falta de empeñarse en seguirlos, tomó el partido opuesto, esto es, el de retirarse él, para atraerlos al litoral, donde las operaciones le ofrecían probabilidades de mejor éxito: así sucedió en efecto, pues Carcasan y Antalas, creyendo que el movimiento era retirada, contramarcharon y fueron sobre sus pasos á establecerse en unas colinas cerca de la playa, en que se acamparon los greco-romanos con sus moros aliados colocados en medio.

Una sedicion que reprodujo en aquella eventualidad el mal apagado espíritu de discordia y ambicion de algunos jefes, estuvo á pique de comprometer la campaña; pero gracias á la adhesion de Contrinas y otros aliados que prestaron enérgico apoyo al general, logró sofocarla

Depósito de la Guerra de París coloca en *Orbos* al SE. de Kef. En cuanto á las otras localidades que se citan, desconozco si están identificadas en el día.

y restablecer el orden, haciendo levantar el campo inmediatamente despues, para trasladarse á posicion de condiciones preferibles, en los *Campos de Caton* (1), á los que tambien le siguió el enemigo, colocándose á su frente y á corta distancia.

Impacientes ya de combatir unos y otros, preparáronse desde luego y trabaron sangrienta batalla, en que alcanzó Juan Troglita una decisiva victoria. Cargó él mismo el primero, á la cabeza del cuerpo de sus guardias, rompió é introdujo la confusion entre los africanos, y aunque los auxiliares, ménos dichosos, fueron rechazados y estaban á punto de abandonar la contienda, socorridos á tiempo se rehicieron y lanzaron á los contrarios hasta completar su derrota. Perekó Carcasán; Antalas se sometió al dominio imperial, desesperando de poder continuar la lucha; y dispersa, hecha pedazos aquella terrible aglomeracion de indígenas, regresó á Cartago triunfante el Estratego Juan, dando por concluida su azarosa campaña, y dedicándose á tranquilizar el país con las medidas de gobierno y administracion que necesitaba (años de 548 á 550). (2)

En 564 se registra otra sublevacion en la Numidia, motivada por la muerte que mandó dar en Cartago el gobernador Rogathinus al antiguo y fiel aliado Contrinas;

(1) Se ha creído por D'Avezac que se llamarían así esos Campos, porque en aquel lugar se estacionaría Caton cuando con los restos del ejército pompeyano marchaba desde Cirene á Útica; pero el señalar ahora el paraje á que correspondan se hace casi imposible.

(2) La historia de Procópio consagra, como final, escasos renglones á estos últimos sucesos, y tampoco dá apenas noticia la crónica de Valclara; pero se encuentran bastante interesantes en el poema que en honor á Juan Troglita escribió *Flavius Cresconius Corippus*, obispo africano del siglo vi, y que tituló *Johannidos*. Descubierto en Milán en 1820, fué publicado y comentado por *Mazzucchelli* en el mismo año, bajo este título *Flavii Cresconii Corippi Johannidos seu de Bellis Lybicus, libri VII*. Otra edicion se hizo en 1836 en Bonn, por Bekker, inclusa en la coleccion de los escritores de la Historia Bizantina; y en la edicion hecha por Mr. de Saint Martin de la Historia del Bajo Imperio por Lebeau, insertó tambien un extracto de este poema.

En el número 118 de la *Revue Africaine* (Julio y Agosto de 1876) se insertó por Mr. L. Tauxier una noticia sobre Corippus, su obra y la introduccion, con observaciones y correcciones muy apreciables.

pero fué pronto sofocada por Marciano, sobrino del Emperador, que llegó con fuerzas suficientes y se restableció la tranquilidad por algunos años, merced, sobre todo, á la hábil prudencia de Thomas, que ejerció el elevado cargo de Prefecto del Pretorio despues de fallecido Justiniano, y que se dedicó con mucho interés á la administracion del país, á las obras públicas, al embellecimiento de las ciudades y á fomentar en las tribus la conversion al cristianismo.

Por desgracia no se prolongó largo tiempo aquel estado de felicidad, tal vez porque sus sucesores carecieron del necesario tacto político. En 568 pereció el Prefecto Teodoro en una sedicion de los moros: al año siguiente fué derrotado y muerto el general ó *maestre de la milicia* Theociste; é igualmente Amabilis en 570, que le habia sustituido en el mismo cargo; y engrandecido con esas victorias el caudillo Gasmúl, llegó á constituirse en soberano de gran parte de las provincias occidentales, inclusa la ciudad de Cesárea, llevando su audacia hasta intentar una expedicion contra los Francos é invadir la Galia.

Al suceder Tiberio al emperador Justino, envió al Africa á Germadius, quien reprodujo la vigorosa y feliz campaña que en el siglo III hizo célebre á Probo, con circunstancias parecidas, cuyos detalles, que serían del mayor interés, se ignoran así de la una como de la otra, constando solo respecto á ésta, que alcanzado y muerto Gasmúl en combate personal, logró Germadius derrotar todas sus fuerzas, reconquistando las comarcas segregadas de la autoridad bizantina y restableciendo la tranquilidad pública.

Volvió entonces á disfrutarse de paz en los dominios africanos, ó serían de escasa importancia los acontecimientos, cuando nada apunta la historia hasta fines del siglo, en que el año 597 hubo otra sublevacion general de moros, en la que con inmensa muchedumbre fueron hasta cerca

de Cartago; y aunque Gennadius, que era entonces Prefecto del Pretorio, carecía de tropas bastantes para batirlos, suplió con la industria y una simulada aquiescencia á sus demandas, por la falta de medios; y cayendo sobre ellos cuando más descuidados estaban, confiados en el seguro éxito de la revuelta, los sorprendió y deshizo.

Con anterioridad á esta época, y mientras la gran conmocion producida por el rebelde Gasmúl, se verificaba por la parte más occidental, ó sea la antigua Mauritania tingitana, la primera invasion de los Godos de España, que reinando Leovigildo (1), pasaron el Estrecho y se apoderaron de Céuta y Tánger, y probablemente de la zona territorial inmediata, no obstante que llamados antes por ellos mismos los greco-romanos, ocupaban en la Península varios puntos del litoral y aun del interior de sus comarcas meridionales.

Al empezar el siglo VII sucedió en el mando de Africa Inocencio, que tres años despues fué reemplazado por el Conde Heraclio, con su hermano Gregoras como colega; los cuales en 610 estuvieron en disposicion de enviar á Constantinopla un cuerpo de ejército contra el tirano Phocas; siendo de inferir, por lo tanto, que nada sucedía ni podia temerse á la sazón en las provincias sujetas á su autoridad. El patricio Gregorio quedó de Exarca á la muerte de Heraclio; y viendo amenazado cada dia el Imperio de Oriente, y mermados ya sus dominios de Asia por los persas y los árabes, que en pocos años iban extendiendo su proselitismo y sus conquistas, juzgó poder sustraerse con el Africa en una especie de independenciam. ¡Como si el peligro en que consideraba á la metrópoli no amagase más próximo todavía á los países puestos á su cuidado!

(1) La mayoría de los historiadores atribuyen esta invasion á Suintila, que reinó desde 621 á 631, y que se apoderó de Cesárea; pero me atengo con preferencia al raciocinio de D. José de Segarra en su *Compendio de la Historia de España Transfretana*, que lo adelanta hácia el año 574, en que reinaba Leovigildo.

Mas detengámonos aquí y queden para el siguiente capítulo los acontecimientos que se inician poco antes de mediar el siglo VII, al aparecer los ardientes sectarios del Profeta en esa extensa region septentrional del continente africano.





CAPÍTULO VI.

INVASIONES DE LOS ÁRABES Y FIN DE LA DOMINACION BIZANTINA.

SUMARIO. — Antecedentes. — Primera invasion, por Abd-Aláh-ben-Saad. — Segunda invasion, por Moaviáh-ben-Khodaidj. — Tercera invasion, por Okbáh-ben-Nafi. — Cuarta invasion, por Hassan-ben-Nooman-el-Ghasani. — Guerras con los bereberes y establecimiento final de los árabes.

ANTECEDENTES.

QUERA série de acontecimientos trascendentales vá á comenzar con los nuevos invasores de Africa; otro es su modo de combatir, otros los estímulos que les guían y distinto espíritu guerrero les anima.

Iníciase con ellos una era histórica diferente en los países de que tratamos; pero conviene al orden de nuestro trabajo reducir este capítulo solamente á lo indispensable de esas invasiones de los árabes, hasta dejarlos instalados y bien arraigados en el país.

Apesar del empeño que puso el gobierno imperial de Bizancio para asegurarse la posesion y procurar el engrandecimiento de los dominios de Africa, y no obstante la ha-

bilidad de algunos Exarcas en los periodos de calma que disfrutó el país, su prosperidad, despues de empezado el siglo VII, era más ficticia que sólida, como consecuencia natural de tan frecuentes revueltas y sublevaciones, de los errores y demasías del fisco y por las perpétuas discordias entre las sectas religiosas. El mismo Procópio valuaba en cinco millones de almas la baja que tuvo la poblacion en los primeros veinte años siguientes á la reconquista de Belisario; y bien se deduce del ligero bosquejo presentado, que no podia haberse restablecido al *centenar*, ni mejorado el estado de los negocios públicos, cuando la desmoralizacion fué en rápido aumento, cuando las hostilidades de los indígenas daban lugar con frecuencia á los extragos del saqueo y de guerras mortíferas, cuando los godos de España se apoderaban de las mejores plazas de la Mauritania tingitana, cuando las tropas greco-romanas carecían de la solidéz de composicion, espíritu, disciplina é instruccion de las antiguas legiones, cuando no brillaban sus generales y oficiales por la virtud y por la pericia militar, y por último, cuando el influjo y poderío del Imperio bizantino decaía visiblemente en el mundo.

El exaltado fervor religioso y de conquista que inspiró Mahoma á los árabes abrió á ese pueblo los destinos del Oriente con éxito tan feliz, que dando principio la Hegira en el año 622 de J. C., extendieron en los veinte siguientes su doctrina y autoridad por toda la Arabia, la Siria y el Egipto, del que una vez dueños no podia ménos de encontrar incentivos su ardoroso afan de propagar el Corán por la haz de la tierra en aquella dilatadísima zona que se les ofrecía desde las mismas orillas del Nilo hasta las costas del Atlántico.

Indicios de comun origen, aunque remoto y tradicional, existían entre los habitantes indígenas y la gran familia ismaelita de los árabes: en los usos y costumbres tenían bastantes puntos de contacto; la vida nómada de

muchas de sus pequeñas nacionalidades ó tribus; la poligamia en los que no abrazaron el Cristianismo; la sobriedad, la inclinacion á la guerra y al pillaje se hermanaban en ambas razas, así como en los idiomas de raíz semítica y en los tipos físicos se pretende también había cierta conformidad. A esos rasgos característicos de los naturales, agregábase igualmente notable analogía en algunas condiciones del suelo: las arenosas llanuras de la Cirenáica y de la Tripolitana, como todas las planicies meridionales de la Bizacena y de la Numidia, donde crecen las palmeras, donde se crían tan ágiles caballos como sufridas y ligeras castas de camellos, y donde el sol se siente con el mismo ardor que en la península arábiga, se les presentaba como una continuacion de su propia tierra á los infatigables hijos del Hedchaz y el Yemen, brindándoles además para poseerla, la famosa fertilidad de los valles y lomas de sus montañas, y la riqueza de los establecimientos bizantinos del litoral.

Es de creer que inmediatamente despues de ocupar el Egipto hicieran penetrar en Africa alguna semilla de la religion mahometana, y que de esa provino que seis bereberes pasasen á solicitar de Amrú el ingreso en la nueva ley del Profeta; los que dieron tan detalladas noticias del país, que excitaron desde luego el deseo de aquel gobernador para dar principio á la conquista. Reunió á ese fin varios destacamentos de ginetes, y dándoles por guías los mismos indígenas recién convertidos, los hizo marchar á la Cirenáica y fueron sobre Barca, Zuila y otras poblaciones hasta llegar cerca de Trípoli y de las montañas de Nafusa; pero débiles para proseguir adelante y para consolidar alguna adquisicion, regresaron á Egipto, logrando el objeto principal que llevaron de reconocer el país, tantear el espíritu de las gentes y de excitarlas á abrazar su fé.

Verificóse esta primera entrada ó correría en el año

veinte y tres de la Hegira (644 á 645 de J. C.), y se infiere que en los tres siguientes las repitieron en parecidos términos para ir habituándose á este género de excursiones y ganar poco á poco prosélitos, sin que conste que el gobernador general bizantino, que segun queda dicho, era el patricio Gregorio, adoptara providencia alguna contra ellos; tal vez á causa de la lejanía en que por entonces los veía del centro de sus dominios, ó porque, en extrema confianza, despreció el peligro creyendo que jamás se atreverían á provocarle, orgulloso del poder casi independiente que ejercía, y gozando á la sazón de tranquilidad las tribus que tantos trabajos ocasionaron á sus predecesores.

Partiendo de aquí el bosquejo que vamos á hacer, será indispensable advertir que como la mayoría de las noticias proceden en su origen de autores árabes, que pocas veces usan los nombres antiguos de las demarcaciones y localidades, se origina gran confusion y muchas dudas al intentar seguir el curso de sus marchas ú operaciones. Debe por tal motivo tenerse presente, que data de esa época el que designaran en general por *El-Magreb* (el Poniente) á toda la parte septentrional de África comprendida desde el Egipto hasta el mar Atlántico; pero que inmediatamente despues adoptaron una clasificacion que, aunque vaga, la dividió en tres demarcaciones, á saber: *El-Magreb-el-Aksa*, ó el extremo occidental, que corresponde ahora próximamente al imperio de Marruecos; *El-Magreb-el-Ausath*, ó el país de en medio, que precedia al anterior y alcanzaba á los límites actuales de la Argelia, y *El-Ifriquiar* ó *Afriquialr*, palabra que conservaron con leve alteracion del de la provincia romana de *Africa propia*, y en la que comprendian todo lo que hoy constituyen los Estados de Túnez y de Trípoli. Respecto á los pobladores, se observará en adelante que desaparecen los antiguos nombres de *númidas*, *getulos*, *mauritanos*

y moros que hasta ahora hemos venido empleando, para sustituirles con los de *Bereberes*, que es como los árabes designaron de un modo general á todos los indígenas, lo mismo en la Cirenáica que en la Mauritania; así como *griegos* y *roums* (rumís en el dia, corrupcion de romanos y sinónimo ya de cristianos) á los bizantinos ó greco-romanos, fuesen de los ejércitos ó de los colonos, y áun á los godos de España que ocupaban algunos puntos de la Tingitana.

El estilo peculiar de los escritores orientales, la falta de método en sus historias y la ausencia de importantes detalles en las que son conocidas, imposibilita el estudio crítico militar de sus campañas, y solo permiten apreciarlas en su generalidad, segun las obras donde se contienen los mejores datos: mas de cualquiera manera, obligados á darlas á conocer sucintamente para no interrumpir la ilacion histórica, consignaremos cuanto en ellas nos parezca corresponder al objeto especial que seguimos, intercalando, como de costumbre, los párrafos de los mismos textos cuando el interés ó la curiosidad lo exijan.

A fin de evitar la repeticion de citas, indicaremos aquí los autores y obras principales de consulta sobre este período histórico.

La conocida *Descripcion de Africa de D. Luis del Mármol* suministra escasas noticias respecto á las primeras invasiones de los árabes. La *Historia de las expediciones y conquistas de los Arabes en Asia, Africa y Europa*, que dejó escrita D. José Vicente Rustant, y que se imprimió en un tomito en Madrid en 1780, tampoco pone más que un resumen; y todavía es más breve el de D. José Antonio Conde en su *Historia de la dominacion de los Arabes en España*.

La *Histoire de l'Afrique et de l'Espagne sous la domination des Arabes*, por Mr. Cardonne, Paris 1765, fué la primera obra moderna que abrió luz sobre los historiadores

árabes: acompaña la lista de los manuscritos que le sirvieron para componerla; y merece todavía mucho aprecio, no obstante sus errores, y lo que en ese particular han adelantado otros posteriormente.

Al distinguido orientalista *Baron de Slane* se deben las dos traducciones más notables, hasta el día, de las Crónicas arábicas que tratan de estos sucesos: es la primera la parte correspondiente á la conquista de Africa, de los manuscritos de *El-Nowarí* existentes en la Biblioteca imperial de París; y la segunda, la *Historia de los Bereberes y de las dinastías musulmanas del Africa* por *Ebn-Khaldoun*, cuyos manuscritos se conservan tambien.

Los señores *Pellissier* y *Remusat* tradujeron, y se imprimió en París en 1845, la *Histoire de l'Afrique, de Mohammed-Ben-el-Raini-el-Khairouani*; y otro orientalista, *Mr. de Quatremere*, ha publicado en el *Journal Asiatique* varias traducciones muy importantes de escritores árabes, refiriéndose á aquella primera época del mahometismo.

En 1841 dió á luz *Mr. Noel Desvergeres* su *Histoire de l'Afrique sous la domination des Aghablytes, et de la Sicile sous la domination musulmane*; y en 1847, en el *Univers Pittoresque*, el tomo relativo á la Arabia, en el que se trata con alguna extension de las expediciones de Africa, atendido á las traducciones de *El-Nowarí* y de *Ebn-Khaldoun*.

El egipcio *Abderrahaman ben Abd-el-Háquem*, que se dice murió el año 871, dejó escrita una historia de la conquista de Africa y España, de la cual se publicó traducida al inglés por *Mr. John Harris Jones* en 1858, la parte relativa á España; y la de Africa por *Mr. Slane* en 1844 en el *Journal Asiatique*.

En las obras de *Ebn-Alcôtiya*, de *Ebn-Adzari* y *Ebn-Hayyan* se dice hay tambien noticias interesantes; y por último, merecen cita especial el *Almacari*, traducido al inglés por *D. Pascual de Gayangos*, y los más recientes libros publicados por el orientalista *Mr. Dozy*.

Careciendo, por otra parte, de tratados militares que expliquen bien el sistema de guerra de los árabes en aquella primera época de su proselitismo conquistador, nos sería imposible ofrecer nada apreciable sobre pormenores de sus marchas y campamentos, sobre sus órdenes de batalla y movimientos de combate, sobre su organizacion peculiar, ni sobre su administracion interior y manera de abastecerse. Los libros arábigos de ciencias militares y arte de guerra son hasta el dia poco conocidos, y creo que casi todos se refieren á siglos posteriores al de la conquista de Africa; por lo que sus textos, aunque los tuviésemos á la vista, nos servirían de poco para la redaccion de este capítulo.

En un interesante opúsculo titulado *De l'Art militaire chez les arabes au moyen áge*, publicado por Mr. Reinaud en el *Journal Asiatique* de París, tomo XII, año de 1848, se citan las siguientes obras:

—*Kitab-alfhrist*, libro del siglo x, que contiene un capítulo sobre el arte militar, refiriéndose á otro autor del siglo III que compuso un tratado de *Arte de la guerra y manera de tomar las fortalezas y las ciudades, de armar emboscadas y las ciudades, enviar descubiertas, poner escuchas, expedir destacamentos y disponer los cuerpos armados, por Ardeschir, hijo de Babek.*

—*Leyes de la guerra y manera de formar un ejército*, compuesto en tiempo del califa Almansour por *Abd-al-Djabbar, hijo de Aly*; segun cita del *Kitab-alfhrist*.

—Hace mencion el mismo libro de un tratado del tiro, compuesto en el siglo v por el rey *Bahran Gour*; y despues sobre las antiguas instituciones militares de los persas, *El arte militar y Reglamentos de la caballería, con la manera en que los reyes defendian los cuatro extremos de su imperio.*

—En la Biblioteca de Leyde dice hay dos ejemplares de una obra sin título ni nombre de autor, pero que uno

de ellos está precedido de un *Tratado de ardidés de guerra, de los instrumentos guerreros, del sitio de fortalezas, de la manera de usar la espada, de lanzar dardos y de la fabricacion del baroud*; y el otro de un *Tratado de los ardidés de guerra, de la toma de las ciudades y de la guarda de los desfiladeros, segun las reglas establecidas por Alejandro, hijo de Felipe el Griego*, pareciendo ser obra del siglo XIII.

—En la Biblioteca Nacional de París, *Tratado del arte militar y de las máquinas de guerra*; que parece escrito por *El-Ostail Hassan*, de sobrenombre *Nedjin-eddin*, y *Al-Rammah*, por las lecciones de su padre y abuelos y otros maestros; el cual murió en 1295 y tenia por apodo *el Forobado*.

—Otro códice de dicha Biblioteca es un *Resúmen destinado á las personas que cultivan los diferentes ramos del arte militar, y que se ejercitan en el manejo de la lanza, así como en las maniobras de que es susceptible ese ejercicio*; obra que se cree posterior al año 1300, y que menciona un modo especial de combatir á caballo y vencer al adversario, que llama *la evolucion de Gazan*, suponiéndose se refiera al Khan del Mogol así nombrado.

—*Lo que hay de más nota en la teoría y en la práctica de los ejercicios militares*, es otro códice arábigo en la Biblioteca Nacional de París.

—En la Biblioteca del Museo Asiático de San Petersburgo dice haber copia hecha en el siglo XIV de un *Recueil, que reúne los diversos ramos del arte de la guerra*.

En 1851 publicó en Madrid D. Serafin Estébanez Calderon, en la *Revista Militar* (tomo VIII), unos curiosos artículos que aquí utilizamos, titulados *De la milicia de los árabes en España*, y en ellos hace cita ó referencia de los siguientes escritos, á más de algunos de los ya anotados.

—*Jalil*, que en tiempo de Almamun escribió un tratado militar y otro del fuego del Nafta y de su empleo en la guerra.

—*Regalo de las almas y clámide de los habitantes del Andaluz, por Abd-er-rahaman ben-Hzail el Gharnati, ó Alí-ben-Abderrahman Ben-Azil, natural de Granada, que es un interesante códice del Escorial.*

Como obra más moderna que las anteriores, he visto también la cita de un *Tratado de la guerra contra los infieles*, que se dice fué escrita en Egipto.

Probable es que conocieran algo de los principios y teorías de los tratados militares latinos y griegos; pero se nos hace dudoso que en sus primeras excursiones y conquistas practicaran nada á tenor de las reglas del arte antiguo: la organizacion por tribus, el instinto guerrero, el intrépido valor, el espíritu de que iban animados y sus costumbres de vida sóbria é incansable, les constituían entonces con elementos suficientes para todas sus empresas. «Es cierto (dice D. Serafin Estébanez Calderon) que »el valor de los árabes era famoso ya desde muy antiguo »en aquellas partes, valiéndose frecuentemente los romanos de su infatigable caballería para oponerla á la de »los partos; que en su vida frugal, dura y ejercitada en »las armas, de persona á persona, de familia á familia y »de tribu á tribu, ofrecian admirable principio para trocar »de pastores nómadas en conquistadores irresistibles »aquellos pueblos belicosos y sufridos; para desenvolver »en su poderosa expansion tales elementos propios para »la conquista, no era necesario más que una direccion, »una idea.»

Y esa direccion, esa idea se la dió el Profeta, primero con el ejemplo y la palabra y luego con el Corán, que es donde debe buscarse el secreto fundamental de sus admirables hechos, de sus asombrosas conquistas; allí está el gérmen de aquel brío, de aquella decision del ciego valor y espíritu fanático que los lanzaba á los combates; y como además contiénense en ese libro las bases de toda la organizacion y legislacion musulmana, á él es imprescin-

dible acudir para tomar conocimiento de sus preceptos y máximas de guerra, pues por tantos siglos y en tantos pueblos siguió observándose cual código exclusivo por sus sectarios.

Nos parece por tanto de toda oportunidad incluir aquí traducidos algunos extractos de ese Libro Sagrado de los mahometanos, ó sean los versículos que encontramos más dignos de nota respecto á la guerra (1), y colocándolos en órden correlativo, pues que allí están esparcidos é interpolados en los capítulos á la par de otras materias completamente extrañas, y muchos de sus conceptos varias veces repetidos.

«La guerra es como la llave del cielo y del infierno.»

«Una gota de sangre vertida por la causa de Dios, » una noche pasada sobre las armas, valdrán más que dos » meses de ayuno y de oracion. El que perezca en una ba- » talla obtendrá perdon de sus pecados; y el dia final sus » heridas estarán lucientes como el bermellon y perfuma- » das de almizcle: álas de ángeles y querubines reempla- » zarán los miembros que hubiere perdido.»

«Combatid por la causa de Dios contra los que os hi- » cieren la guerra; pero no cometais la injusticia de ata- » carlos los primeros, porque Dios no ama á los injustos.»

«Haced guerra á los que no crean en Dios ni en el » último dia, á los que no miran como prohibido lo que » Dios y su Profeta han señalado, y á esos de entre los » hombres de las Escrituras que no profesan la creencia de » la verdad. Hacedles la guerra hasta que todos, sin ex- » cepcion, paguen tributo y queden humillados.»

«Pasados los meses sagrados matad á los idólatras » por todas partes donde los encontréis; hacedles prisione- » ros, sitiadlos y acechadlos en emboscadas; pero si se

(1) Me valgo para esto de la moderna version francesa de Mr. Kasimirski, que es reputada como excelente entre los orientalistas.

»convierten, si observan la oracion, si hacen limosnas,
 »entonces dejadlos tranquilos, porque Dios es indulgente
 »y misericordioso.»

«Levantad todas las fuerzas de que podais disponer, y
 »de fuertes escuadrones, para intimidar á los enemigos
 »de Dios y los vuestros, y á otros que aún no conoceis y
 »que Dios sabe. Cuanto gastárais por la causa de Dios os
 »será satisfecho y no quedareis perjudicados.»

«No es menester que todos los creyentes marchen á la
 »guerra á un mismo tiempo: mejor es que cierto número
 »de cada tribu se quede en ella para instruirse en la reli-
 »gion é instruir á sus conciudadanos á su vuelta, y á fin
 »de que éstos se hallen siempre resguardados.»

«Los fieles que se queden sin ir á la guerra, sin ser
 »obligados á ello por la necesidad, no serán tratados como
 »los que combatan por la causa de Dios sacrificando sus
 »bienes y sus personas. Dios tiene asignado á estos un
 »rango más elevado que á aquellos: Él ha hecho á todos
 »hermosas promesas, pero ha destinado á los combatien-
 »tes mayor recompensa que á los que se quedan en sus
 »hogares.»

«Los que abandonan su país y pelean por la causa de
 »Dios, deben esperar misericordia, porque Dios es indul-
 »gente y misericordioso.»

«¡Oh creyentes! Cuando encontréis al ejército enemi-
 »go marchando en orden, no huyais.»

«Cualquiera que vuelva la espalda el dia de batalla, á
 »ménos que sea para revolver á la carga ó para incorpo-
 »rarse á los suyos, tendrá sobre sí la cólera de Dios: su
 »morada será el infierno: ¡horrible morada!»

«¡Oh creyentes! Cuando tengais delante una tropa ar-
 »mada, sed inquebrantables, y repetid sin cesar el nom-
 »bre del Señor: así sereis bendecidos.»

«Dios os hace saber como dichosa nueva, á fin de que
 »vuestros corazones se tranquilicen, que la victoria no

»viene sino de Dios poderoso y sábio. Él os hace saber
 »que romperá en pedazos á los infieles; Él los destruirá,
 »y Él hará que sean echados por tierra y deshechos sin
 »remedio.»

«No mostreis cobardía ni llameis los infieles á la paz
 »cuando seais los más fuertes y Dios esté con vosotros:
 »Él no os privará del premio de vuestras obras.»

«Si viene Dios en vuestro auxilio, ¿quién os vencerá?
 »Si Él os abandona, ¿quién podrá socorreros? Solo en
 »Dios ponen su confianza los creyentes.»

«Si morís ú os matan peleando en el sendero de Dios,
 »su indulgencia y misericordia os aguarda; lo cual vale
 »más que las riquezas que pudiérais recoger.»

«No creais que han muerto los que sucumbieron pe-
 »leando por la causa de Dios: ellos viven cerca de Dios y
 »de Él reciben alimento.»

«¡Oh creyentes! Sed prudentes en la guerra, y avan-
 »zad, bien sea por fracciones, bien en masa.»

«No os canseis en la persecucion de los enemigos: si
 »sufrís, ellos tambien sufrirán; pero vosotros debeis espe-
 »perar de Dios el auxilio que á ellos no alcanza: Dios es
 »prudente y sábio.»

«Aquellos que cuando se les anuncia que los enemigos
 »se reunen y son temibles, acrecen en fé y dicen: Dios
 »nos basta, que es excelente protector, aquellos regresan
 »llenos de gracias de Dios y ningun daño les toca, pues
 »siguieron la voluntad de Dios, cuya liberalidad es in-
 »finita.»

«Siempre que hagais cumplir á las tropas con la ora-
 »cion, procurad que una parte tome las armas y rece:
 »cuando haya concluido sus oraciones que se retire detrás,
 »y que la otra parte del ejército la suceda. Que se tomen
 »precauciones de seguridad y que se esté sobre las armas,
 »pues los infieles quisieran que abandonáseis las armas y
 »bagajes para caer de improviso sobre vosotros. Si la llu-

»vía os incomoda, si estais enfermos, no será pecado el
 »despojaros de las armas; pero tomad siempre vuestras
 »disposiciones de seguridad. Dios prepara á los infieles un
 »suplicio ignominioso.»

«¡Oh Profeta! Excita á los creyentes al combate: vein-
 »te hombres firmes de entre ellos abatirán á doscientos
 »infieles: ciento harán huir á dos mil.»

Estos son los principios militares y el espíritu que el Corán dictó á los árabes, que adoptaron ciegamente; y explican como una de las causas primordiales sus grandes hechos de guerra; pues todos los compañeros del Profeta y los numerosos comentadores de su libro (que pasan de dos mil) tuvieron particular empeño en ratificarlos ó en darles un sentido que todavía estimulara más los instintos guerreros de sus creyentes; así dijo uno de ellos:

«Baja la cabeza, ha dicho Mahomet, cuando la fuerza
 »no esté de tu parte; pero levántala y hiere á los infieles
 »para asegurar el triunfo del Islam. Dios es grande y ge-
 »neroso.»

Demuestran claramente esos preceptos que la guerra contra los infieles, á que el islamismo dió el nombre especial de *El-Djehad* ó *El-Dcheád*, cuyo sentido radical indica un esfuerzo enérgico, constituye, segun el Profeta, un estado obligatorio y permanente que tiene por objeto y fin la reduccion de todos los hombres á reconocer el Corán. En el principio, *El-Dcheád* era la guerra de invasion y propaganda; pero extendida y bien arraigada la secta, tomó carácter de permanencia contra cuantos no la abrazasen. Las otras palabras con que en el idioma árabe se designa la guerra en acepcion general, como *El-Hárb*, *El-Seir* y *El-Therád* son raras veces empleadas por los musulmanes al tratar de las que sostuvieron con los cristianos ó con pueblos extraños á su fé; de modo que *El-Dcheád*, ó sea la guerra santa, ha sido la proclamada desde los primeros tiempos hasta el presente en Africa, lo mismo para la